

FRANCISCO MORENO DE HERRERA
CONDE DE LOS ANDES

EL MITO DEL SENTIDO DE LA HISTORIA

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 47, 1970

El mito del sentido de la historia

por el Académico de número

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MORENO DE HERRERA, Conde
de los Andes (*)

No deja de ser una paradoja que, en los tiempos en que vivimos, simultáneamente se exalte la libertad y al mismo tiempo se proclame el falso dogma del mito que más pueda contradecirla: el mito del sentido de la historia.

El mito del sentido de la historia, supone, que la historia tiene una dirección única obligatoria, unos hitos, que fatalmente tienen que recorrerse, una meta, que ineludiblemente va a alcanzarse.

Este mito está enlazado con el mito del progreso indefinido. Ambos tienen una visión exclusivamente futurista, negadora del pasado. Son mitos ultra progresistas y antitradicionalistas. Naturalmente yo no reniego del sentido cristiano de la historia, el único verdadero, radicalmente distinto de la interpretación materialista del fluir histórico popularmente en boga. Decía Chesterton que cualquier historieta tiene un comienzo, un desarrollo, y un final con una moraleja.

La única filosofía de la historia válida, es por lo tanto, la cristiana, en ella conocemos con certeza el comienzo y el final de la historia de la Humanidad; y estamos en condiciones inmejorables para interpretar su desarrollo.

Claro está que las tres referencias son de orden religioso y no filosófico. La Revelación explica el verdadero sentido de la historia, en-

(*) Disertación en Junta del 16 de junio de 1970.

lazando lo temporal a lo eterno, porque lo temporal está hecho para lo eterno.

El sentido cristiano de la historia no niega la libertad. El azar histórico puede ser modificado, y lo modifica la voluntad del hombre. Lo tuerce, en la medida modesta de sus fuerzas.

Esa voluntad humana obedece a constantes que se reiteran a lo largo de la historia, porque son características de la idiosincrasia del hombre.

Tiene dos vertientes, las materiales y las de orden espiritual. Las primeras están movidas por el impulso de alcanzar el mayor bienestar posible.

Este pensamiento, que los tecnócratas creen haber descubierto, de elevar el nivel de vida, ya lo tenían los hombres prehistóricos. El mero somero análisis de esta tendencia humana, nos descubre que su ejercicio tiende a mejorar su alimentación, sus trajes, su vivienda, evitar el dolor, curar las enfermedades, ocupar sus ocios, disminuir el esfuerzo físico. El impulso sexual mueve también la rueda de la historia.

En segundo lugar, las ideas espirituales también influyen en la voluntad del hombre para alcanzar la justicia, amar al prójimo, cultivar las artes, la filosofía, conocerse a sí mismo, su origen, su fin último, y poner en práctica sus consiguientes deberes. Pero el sentido de la historia moderno, prescinde, o por lo menos empequeñece el imperio humano, en el orden de los valores espirituales morales y religiosos. El sentido de la historia, cuyo mito pretendo analizar, es el del crecimiento del progreso material, que supuestamente nos traerá consigo la felicidad y lleva aparejados modos de vida, conductas morales y hasta formas de gobierno y leyes políticas, supuestamente indeclinables. El mito del sentido de la historia es un producto de las ansias de felicidad humana desvinculadas del orden cristiano.

Los avances espectaculares del progreso técnico han llevado a la creencia de lo que llamó Daniel Halevy "la aceleración de la historia".

Sin embargo, en todas las épocas, o al menos en muchas de ellas, se ha pensado que los descubrimientos y las innovaciones imprimían un carácter decisivo en la historia. ¡Optimista vanidad humana, que los hechos se encargan de contradecir!

Verdaderamente la única lección que enseña la historia es una lección de humildad.

Todo progreso es siempre unilateral. Se progresa en una dirección, pero no en todas al mismo tiempo. El progreso es siempre a costa de

algo. Incluso desde un punto de vista de beneficio material existe una paradoja evidente. El progreso se devora a sí mismo, porque lleva implícito una destrucción anticipada de las riquezas que produce.

Las máquinas industriales se desechan, antes de su amortización rentable, por otras máquinas más perfectas, de mayor rendimiento. Los desajustes que el ritmo vertiginoso de la técnica trae consigo en el empleo de la mano de obra, engendran el paro obrero.

El proyecto técnico lleva anejo consecuencias que anulan parcialmente sus resultados. Cuanto más desproporcionada es su velocidad, mayores trastornos trae que retrasan su ritmo.

El automóvil es un ejemplo. La mayor velocidad automovilística y la mayor producción de vehículos traen consigo las colas interminables en las carreteras y la dificultad angustiosa de la circulación urbana.

Harold Hurey, que descubrió el agua pesada, premio Nobel muy esclarecido, exclamaba: "Tengo miedo, todos los sabios que conozco tienen miedo."

Porque el progreso técnico es indiferente al bien y al mal, y no es en sí mismo escalón de civilización, si se desentiende del orden moral.

Además, las facultades humanas no las modifica el progreso. El hombre no corre hoy en día más deprisa que en la época de las cavernas, ni es capaz de lanzar la jabalina más lejos que los atletas griegos.

Sin embargo, la sandez popular repite neciamente: "El progreso no se detiene."

Si nos atrevemos a señalar la conveniencia de no emprender un camino nuevo, que conduce al desastre, o intentamos moderar el vértigo de la carrera, se nos acusará de inmovilistas. Uno de los adjetivos modernos más peyorativos en uso.

El sentido de la historia cubre todas las mercancías averiadas. Con ese signo se han llevado a cabo los procesos descolonizadores con una rapidez inadaptada a las circunstancias de lugar y tiempo histórico y a la permanente condición humana, cuyo crecimiento está marcado con el signo indeleble de la lentitud en su evolución.

Los trastornos inmensos que trae consigo quemar las etapas, se bautizan con el eufemismo de crisis de crecimiento. El nombre, pretende disimular tanto los regresos, como las equivocaciones.

Las matanzas del Congo, el hambre de Biafra, la cadena de subversiones políticas de Africa, se justifican invocando el sentido de la historia. El mito acalla los escrúpulos, rehabilita las decisiones disparatadas y justifica las mayores atrocidades.

La rebelión de la juventud, el desafío a la autoridad, la destrucción de la vida familiar, son hechos irreprimibles en el fluir del sentido de la historia. El libertinaje sexual entra también en el mito del sentido de la historia. Hasta ahora, lo único que parece no formar parte de la interpretación actual del mito, es el uso de las drogas.

En el orden político, el signo de los tiempos es el socialismo, la democracia y la libertad. Enunciados entre sí contradictorios. Inmersos en la corriente del sentido de la historia alcanzaremos un mundo, una sociedad perfecta donde la felicidad y el bienestar se repartirán a domicilio, como el agua y el gas.

Para poder sobrevivir y prosperar en el mundo que se avecina, hay que adaptarse a la mutación en curso.

Las enseñanzas de la historia, las conclusiones sociológicas y políticas, que de su estudio se derivan, las desdeña el mito que someramente estoy analizando.

Los acontecimientos futuros rompen con el pasado, su trayectoria y naturaleza es esencialmente diferente.

Para prosperar es, por lo tanto, indispensable anticipar cómo van a ser esos acontecimientos y adoptar unas actitudes en consonancia con ellos.

Sin embargo, en ninguna época ha podido preverse la fisonomía política, ni social, de la configuración del futuro.

Los cristianos de las catacumbas, jamás vislumbraron la era constantiniana y la proyección del cristianismo consiguiente.

Los revolucionarios franceses en 1789 no previeron ni la república, ni la dictadura napoleónica.

En el año 1918 nadie podía prever la existencia de una Alemania fuerte gobernada por un dictador omnipotente.

En los años 30, la crisis de la creencia en la democracia como forma política del futuro, estaba tan generalizada en Europa, que su causa parecía perdida. Tratadistas franceses como Barthelemy, políticos de la calidad de Tardieu, sin necesidad de recurrir al auge del Fascismo hacían imprevisible su aparente fulgor actual.

El mito del sentido de la historia ha sido un instrumento político capaz de justificar las mayores catástrofes y los peores crímenes.

En su nombre envió Hitler a las cámaras de gas a miles de judíos. Bajo ese signo llevó a cabo Stalin su "purga" y oprimió al pueblo ruso.

Fomentar la creencia en el mito del sentido de la historia es contribuir al imperio de los principios materialistas en boga. Defender este

tipo de historicismo, según el cual es posible predecir el futuro, tiene funestas consecuencias político sociales.

Karl Popper, llama efecto de Edipo, al influjo que ejerce en la conducta de los hombres, la creencia fatalista en determinados dogmas políticos o sociales.

En rigor, la creencia de la influencia profética es muy antigua. Si Edipo, según la leyenda, mata a su padre es porque éste le abandona previamente, aterrado por la profecía. Este efecto de Edipo es el impulso que recibe el sentido de la historia marxista, que pretende erigir en verdadera esa filosofía de la historia.

La nariz de Cleopatra, hecho histórico que se multiplica a lo largo del curso de la Historia, en todos los tiempos y lugares, es la contradicción más palmaria de la falsedad del mito del sentido de la historia.

No la nariz, sino unos ojos azules, bellísimos e irresistibles, los de Ana Bolena, cambian la historia de Inglaterra y la del mundo.

La influencia ginecológica en la historia es tan frecuente, que una limitada enumeración, alargaría excesivamente esta disquisición y nos desviaría del tema.

Baste señalar que sin Josefina, Napoleón Bonaparte no hubiese gozado de la influencia de Barrás y no hubiera sido General en jefe del Ejército de Italia, ni hubiese sido Napoleón. Otros azares de la historia no son ni nasales ni visuales, ni de origen femenino, pero también cambian su rumbo.

Cromwell no hubiese sido Protector de Inglaterra, si Carlos I no hubiese decretado la prohibición de emigrar.

Cromwell, pequeño gentilhombre rural, hijo de una familia arruinada, pretendió irse a América y abandonar el exhaustivo cultivo de unas tierras marismeñas.

Con su edicto, Carlos I firmaba la ascensión de Cromwell y su sentencia de muerte.

La historia de cualquier país nos da abundantes ejemplos de las consecuencias que traen los azares imprevisibles.

El hecho de que Jorge I de Inglaterra no hablase inglés, le decidió a no presidir la reunión de su Consejo privado. De esta suerte, nace el régimen parlamentario. El Consejo de Ministros, no pudiendo someter sus decisiones al Soberano, decide someterlas al Parlamento.

Un pequeño azar tiene consecuencias trascendentales para Francia y para el mundo.

En la llamada huida de Varennes, injusto apelativo impuesto por la leyenda negra antimonárquica, nos encontramos con detalles nimios que impiden a Luis XVI reunirse con el ejército realista, ponerse a su cabeza, y dar la batalla a la revolución. Los organizadores de la evasión de París multiplicaron ciertamente las imprudencias.

Una gran berlina, completamente nueva, sobrecargada de equipajes, seguida de otra y escoltada por tres caballeros vistiendo unos trajes amarillos muy llamativos, no contribuía a la discreción del viaje.

A pesar de todo, Luis XVI llega a Varennes. Si el relevo de caballos hubiese estado a la entrada de la villa, y no a la salida, los coches hubiesen franqueado el puente sobre el río Aire, sin dar tiempo a Drouet para interponer en su camino un carro y alertar a los habitantes de Varennes.

Si Drouet no hubiese reconocido a Luis XVI en Sainte-Menehould, su cabeza no hubiese sido guillotina.

Una muerte imprevista cambia la historia repetidas veces.

Posiblemente la escuadra Invencible, mandada por el Marqués de Santa Cruz, hubiese tenido otro destino.

Si el General Sanjurjo no acepta el descabellado plan de venir a ponerse al frente del Alzamiento Nacional del 18 de julio, en una avioneta sobrecargada de peso y despegando de un campo en malas condiciones, el General Franco no llevaría más de treinta años rigiendo los destinos de España.

Todavía más. El episodio es poco conocido y es ocasión oportuna de recordarlo.

Acefalo el Alzamiento Nacional, Mola, "Director" del mismo, comprende en Burgos la gravedad de la falta de jefatura ostensible.

Piensa entonces en una cabeza visible llena de prestigio, indiscutible e indiscutido en el Ejército: la venerable figura del Capitán General, Infante don Carlos de Borbón. Además, no es malquerido de los carlistas por su nacimiento, y el ser cuñado de Alfonso XIII le da relevancia en el orden internacional.

Los encargados por Mola de la búsqueda del Infante no tienen la suerte de encontrarle. Entonces Mola nombra Presidente de la Junta de Defensa al General Miguel Cabanellas. Dos meses más tarde, en una reunión de generales y coroneles, por mayoría de votos, el General Franco es nombrado Jefe del Gobierno del Estado Español.

Sólo Dios puede saber, si hubiese sido peor o mejor para España, que la Jefatura del Alzamiento hubiese recaído en otras manos. Lo que

sí es indudable, es que el curso de la historia de España hubiera sido distinto.

Una muerte inesperada, la nariz de Cleopatra, hasta un dolor de estómago, puede variar la historia.

La dolencia estomacal del ejemplo de Eugenio, el cambio del estado del tiempo en Anselmo, y la destemplada actitud de un centinela determina una mutación de pensamiento. La lectura aleccionadora del *Criterio* de Balmes, que los relata, me han impresionado desde los años juveniles, sobre la verdad incontrovertible de la inestabilidad funambulesca del devenir histórico.

El azar es un elemento determinante de la historia, pero está contrapesado, decisivamente, por la voluntad del hombre.

“La contextura del mundo —escribe Goethe— está compuesta de azar y de necesidad. La razón humana se interpone entre ambas y sabe dominarlas.”

Por necesidad, debemos entender las fuerzas naturales sometidas a leyes inmutables que condicionan la vida del hombre: el frío, el calor, el día y la noche, las estaciones, la distancia, el hambre y la sed; las enfermedades. La Humanidad se esfuerza desde sus orígenes por dominarlas. En una palabra, por la voluntad.

La voluntad es la fuerza creadora de la historia. Condicionada, sin embargo, al acaecer de hechos imprevisibles y a la proyección unilateral del progreso.

La voluntad individual está además condicionada por la voluntad de los demás.

Sin embargo, la voluntad colectiva no es la suma de las voluntades individuales. La voluntad colectiva la forjan las minorías directoras, actualmente ayudadas poderosamente por los medios de difusión y de propaganda excepcionales del mundo moderno.

Las voluntades colectivas cristalizan alrededor de los apetitos, o en torno de las ideas. Estas predominan sobre aquéllas. Las ideas mueven principalmente la rueda ruidosa de la historia. Porque la voluntad humana está dirigida más que por las realidades con que tropieza, por las ideas que suscitan.

La miseria no engendra por sí misma una revolución. Es necesario que el descontento encuentre un fermento como reactivo. Fermento que puede ser un ideal religioso, metafísico o social.

El ideal religioso ha llenado principalmente el agua de los cangilones de la rueda de la historia.

La originalidad de la revolución rusa es haber creado una mística basada en intereses materiales.

La historia está hecha de actos de voluntad, pero también su curso está trazado por sus desmayos.

Muchas veces lo imposible es la excusa de la cobardía, de la pereza o de la debilidad.

Escudarse en el mito del sentido de la historia, es una forma cómoda de cruzarse de brazos.

Es imposible encontrar precedentes históricos iguales que puedan aleccionar una conducta. Difieren por las circunstancias, por la idiosincrasia de los hombres, distintos, según la situación del lugar y tiempo, y de su educación. Toynbee ha generalizado observaciones interesantes sobre los estímulos de la civilización.

Sin embargo, las condiciones de naturaleza y de clima, no fueron suficiente estímulo para que los indios de Norteamérica se civilizaran. Allí la civilización la trajeron los europeos inmigrantes. Fue un producto de importación.

En cambio, en la cuenca mediterránea, con un clima favorable, se acunó nuestra civilización.

Pretender que determinadas formas políticas conducen al progreso material, y otras a la decadencia, tampoco puede sostenerse seriamente.

Una dictadura tiránica, como la rusa, ha alcanzado un progreso técnico tan extraordinario, como el régimen liberal democrático norteamericano.

Lo que en cambio sí puede afirmarse, es que al amparo de determinadas instituciones políticas, la personalidad humana se desarrolla, y con otras se encuentra cohibida.

La garantía de ejercicio de determinadas libertades, y la existencia de la propiedad privada, son indispensables para el desarrollo de la personalidad del hombre.

El intento de cohonestar, los principios de autoridad y libertad, empeño pocas veces conseguido, explica el curso pendular de la historia. Independientemente de las condiciones de lugar y tiempo, los hombres se mueven por unas mismas constantes que suelen ignorarse. La voluntad humana, obedece a tendencias constantes y permanentes. Son tan consubstanciales con el hombre, que prevalecen a lo largo de los siglos.

Las ansias infinitas de felicidad, trasunto de nuestro destino ultraterreno, nos conducen a la utopía, desvinculados de la creencia religiosa.

Nuestra proclividad al mal, consecuencia del pecado original, nos aparta del bien común y del respeto al orden, y a la justicia.

Cuando las creencias religiosas se debilitan y se desatan las pasiones, en todos los tiempos y en todas las latitudes, los hombres dan suelta a sus peores instintos, cuando el principio de autoridad no existe.

Cruelles represalias y conductas salvajes, se produjeron por igual en la cultísima Francia con la "Resistencia", como en la menos educada España durante la guerra civil.

El olvido de estas constantes, trae consigo el imperio de instituciones políticas inoperantes para el gobierno de los pueblos. De aquí se deducen los procesos cíclicos alternativos, en política, y en otras muchas manifestaciones humanas. Por eso, de todas las interpretaciones históricas, la que más me ha impresionado siempre, es la del napolitano Juan Bautista Vico, con su teoría del "corso y del ricorso".

Nuestras ansias de felicidad nos llevan a creer que todo nuevo camino, es inagotable para alcanzarla.

Gustavo Thibon, expone muy bien la seducción de la novedad. "El hombre embriagado por sus progresos científicos, cede a la tentación de aplicar los mismos criterios a los valores del alma y del espíritu, que constituyen el fondo permanente de la cultura."

Se convierten en categoría de bienes de consumo, y se da el mismo valor a las obras incorruptibles e intemporales, que a las que no lo son. Se establece una relación entre Aristóteles y Marx o Marcuse, equivalente a la de la lámpara de petróleo con la electricidad.

Se determina de esta suerte, que la validez de las modas, filosóficas y políticas, son paralelas a los avances de la técnica. Así la cultura se vacía de toda referencia al ser, y a lo que es verdad.

Lo nuevo ha sido siempre el señuelo más atractivo para los hombres.

Cualquier camino inexplorado, y una perspectiva inédita, son siempre seductores.

Por eso es tan grato el mito del sentido de la historia. Bastará dejarnos llevar en su supuesto sentido, para alcanzar la deseada perfección, y la felicidad.

Pero la realidad nos demuestra, que las opiniones, son solamente el reflejo de los intereses cambiantes.

Esos esquemas nuevos, que representan el supuesto sentido de la historia, están trazados "a priori".

Su novedad es atractiva, porque desafía unos principios sociales que no han alcanzado éxito.

Cuando la dura realidad se imponga, entonces desandaremos el falso camino emprendido. Pero empíricamente, se tarda mucho en advertir que un camino nos lleva, a un punto opuesto diametralmente, al que pretendemos alcanzar.

El falso dogma de la novedad se erige en supremo criterio de verdad. Es el más eficaz, de cuantos falsos señuelos agitan los demagogos y los profetas.

El mito del sentido de la historia, es por consiguiente la destrucción del pasado.

No es ser inmovilista, pretender, que desdeñar el pasado, es renunciar al patrimonio intelectual moral y religioso de la Humanidad.

No se pueden desdeñar las lecciones de la historia, contradictoria del mito de su sentido fatal e ingobernable. Claro está que los tiempos actuales, cuya fisonomía es en parte, consecuencia del pasado, imponen muchas novedades. Como también exigen adaptar la aplicación, de los principios permanentes rectores de la sociedad.

Pero el progreso técnico no debe ser supervalorado. Luchar contra su desmedida supremacía, es obligación ineludible, si no queremos caer en las garras del marxismo. Ciertamente la explosión demográfica, el desorden moral, entre otras causas, hacen necesario que el estado moderno, intervenga mucho más que en otros tiempos, en la vida social.

Pero es preciso luchar contra ese supuesto, según el cual hay que sacrificar progresivamente el área individual de vida, hasta relegarla a segundo plano, y depositar en un estado Leviatan todas sus funciones.

Tampoco hay que dar categoría de verdad, al supuesto, de la paulatina desaparición de la propiedad privada, y a su transmisión por herencia, como un signo ineluctable.

Hay que rechazar el supuesto de que el sentido de la historia conduce fatalmente al socialismo.

Su falaz corolario, es la democracia social, condenada por León XIII cuando dice (Encíclica Graves de Communi) "que llega a tal grado de malicia, que busca exclusivamente los bienes corpóreos y externos, y pone la felicidad humana en el goce de estos bienes".

"De aquí su pretensión de suprimir las clases sociales", cuya necesidad defiende en otra encíclica (Encíclica Rerum Novarum) procla-

mando que “la misión de la Iglesia es velar por todas las clases sociales”.

“Porque la diversidad de las clases sociales es propia de toda sociedad bien constituida” (Encíclica Graves de Comuni). La existencia de las clases está reconocida por el comunista yugoslavo Milovan Djilas en su libro *La nueva clase*. Clase formada en Rusia y sus satélites, por los que poseen privilegios y preferencias económicas, por el monopolio administrativo que ejercen.

No dudo, que, en algunos casos, existiese antes, una incomprensión familiar entre padres e hijos, por un excesivo autoritarismo de aquéllos.

Pero deducir de esta falta de comprensión familiar, que el sentido de la historia exige una abdicación total de la autoridad paterna, su dirección y su consejo, es tan antinatural como falso.

También, en nombre de una justicia social nueva, se pretende negar la caridad, como signo contrario a los tiempos que corren, y rechazar la limosna como injuriosa para el menesteroso.

Pero es Cristo mismo quien nos ordena que “demostréis limosna” según nuestras facultades. Claro está, la limosna hay que darla con una sonrisa.

Los tiempos actuales piden una mayor participación en las funciones públicas de los ciudadanos que años atrás, porque hoy día existen vocaciones políticas más extendidas. La representación política actual, necesita, unos medios para manifestarse, distintos a los que existían en la sociedad orgánica del pasado. Pero luchar por la prevalencia de instituciones políticas, pretendiendo su viabilidad, sin poner los medios para contrarrestar la viciosa condición humana, es empeño, que traerá siempre consigo las reiteradas lamentables consecuencias, tantas veces repetidas.

Esta somera enumeración de consideraciones, quiere señalar otras tantas falacias, que navegan en el torrente que discurre por el cauce del sentido de la historia, sujeto de este breve examen. No nos dejemos llevar por la corriente ciega, ciega, menos para los muy avisados, que intentan mover con su fuerza, las ruedas de su molino.

Existe naturalmente un sentido de la historia: el sentido cristiano, que consiste en explicar lo temporal por lo eterno.

El lema del mundo actual, desquiciadamente en boca de muchos sacerdotes, también, es la antítesis del mandamiento divino. Este decía, buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura. Pero hoy día se ha trocado por este otro. Buscad ante todo la felicidad en la tierra, que sin ella es imposible conseguir la eterna.

Precisamente, el sentido cristiano de intertemporalidad de los sucesos del mundo, da un sosiego, un sentido de valoración y medida a las cosas, cuya ausencia, es uno de los factores sociales más graves de los tiempos que corren.

Luchar contra corriente es más ingrato, que dejarse llevar por el torrente tumultuoso.

Pero la lucha es la esencia de la vida cristiana. No todos están obligados, ni en condiciones de luchar, frente a las desviaciones públicas, del sentido cristiano de la vida. Sin duda, los intelectuales, tienen un deber indeclinable de dirección, que lleva aparejado, la lucha por el triunfo de la verdad.

Los vientos no son favorables, pero pueden impensadamente cambiarse en cualquier momento.

De cualquier suerte, si alguna impresión causan las consideraciones anteriores, pueden recordarse las hermosas palabras de Donoso Cortés, en su carta al Conde de Montalembert.

“Y no se me diga, que si el vencimiento es seguro, la lucha es excusada: porque en primer lugar, la lucha puede aplazar la catástrofe; y en segundo lugar, la lucha es un deber, y no una especulación, para los que nos preciamos de católicos. Demos gracias a Dios de habernos otorgado el combate, y no pidamos sobre la gracia del combate, la gracia del triunfo, a Aquel que, en su bondad infinita, reserva, a los que combaten bien por su causa, una recompensa mayor que la victoria.”